

Bitácora Orquesta Desvío

Domingo 5 de octubre

El ensayo arrancó tarde, como siempre, once y chirolas. Armamos un círculo chico: dos parlantes, nada más. Vino Alejandro, que trajo un proyector y la idea de proyectar sobre la columna de mentira. La idea fue buena, pero el ensayo fue un tetris: disperso, fragmentado, trabado. Ni bien sonó algo, empezaron las discusiones y debates. Todos tocando todo el tiempo. Demasiado sonido, demasiada info, demasiada calentura. La escucha se perdió rápido. FN propuso hacer señas. LC propuso empezar desde el silencio. MVS cuestionó las dos cosas. Que las señas ya son dirección. Que el silencio hay que precisarlo. Que hablen con ejemplos. Dos pasamos al frente y demostramos. Y ahí entendimos que no hablábamos de silencio, sino de espacio. El espacio es el verdadero instrumento. Mucha data corta el aire, satura. Y, esto ya lo sabemos: el límite del sonido es el espacio que ocupa. Después apareció otra vieja discusión. ¿Esto es música o no? Los que quieren hacer “buena música” vs. los que quieren abrir el juego. Dos bandos, dos maneras de estar en el mundo, dos tipos de malestar. Los músicos posta sufren el caos. Los otros sufren el academicismo. Sigue habiendo empate. En el asado, alguien habló de respeto, de las autoridades de la música y sus enseñanzas. Todos asentimos con el chori en la boca. Antes hicimos un ejercicio rescatado del segundo concierto de la OD: no quedarse quietos, caminar mientras se improvisa, escuchar desde otros lugares. Ir y volver. Como si uno pudiera salirse del cuerpo y escuchar desde afuera. Para mí, funcionó. Bajó el volumen general, aumentó la presencia y la consciencia. Pensé en los paseos sonoros. Básicamente hicimos eso: caminar escuchando al ensamble como si fuera parte de los sonidos del mundo. Cuando terminamos, no hubo final. Se metieron los autos, la cumbia del vecino, unas señoras haciendo una perfo al lado. Todo siguió. Porque la impro no termina nunca!!! Cuando salí de cheLA por Iguazú a la tardecita, aparece un tipo corriendo y otro atrás con un cuchillo.

—Vení, cagón.

—Largá el cuchillo, forro.

—Te voy a clavar, te voy a hacer un montón de puñaladas (usó la palabra “puñaladas”).

Pasaron al lado mío, a 20 centímetros. Yo, invisible. El del cuchillo dijo: ya vas a conocer lo que somos los “Negros de Rosario”. Sentí algo raro. Porque si bien no pertenezco a la banda de los Negros de Rosario, tengo el pelo negro y soy de Rosario. Por un segundo, pensé que estábamos en la misma. De estar lejos, de volver sin volver, de tocar sin tocar, de apuñalar sin apuñalar. Pensé que habíamos tomado caminos distintos que se cruzaban. Y que ahí, en ese cruce, aparecía una tercera cosa. Algo que sólo existe en el mundo de los sueños, de la memoria, de la distancia y de la impro.